

LETRAS

Letrillas

LETRONES

FILOSOFÍA

LA REVANCHA DE MICHEL ONFRAY

Michel Onfray nació el primer día de 1959 en una familia de obreros agrícolas de Argentan, Baja Normandía. A la edad de diez años, cuando los jóvenes parisinos despertaban de la resaca de Mayo del 68, su propia madre lo internaba en una institución para huérfanos. La madre maltratadora, que también había sido abandonada de niña y no encontraba fuerzas para seguir criando a su hijo, cedía el flagelo a los sacerdotes salesianos. En aquel orfanato Onfray aprendió en carne propia lo que era el “amor al prójimo” cristiano: castigos corporales, autoritarismo, miseria, hambre. Fueron años temiendo toparse con alguno de los tres o cuatro curas pedófilos que manoseaban o “hacían cosquillas” a los niños. Cada día tuvo que soportar hasta tres horas de deporte al aire libre —los jueves el *cross*—, sabiendo que el turno para asearse el cuerpo llegaba sólo una vez por semana. Al igual que la comida, cuyo fin era suministrar las calorías mínimas para no desfallecer, el baño se limitaba a un chorro mezquino, administrado por el padre Brillon, que apenas permitía desprender las costras de inmundicia. En aquel claustro reinaba el temor, la suciedad y el hambre. No había espacio para el cuidado del cuerpo, mucho menos para el placer.

La mayoría de los huérfanos dejaron el orfanato convertidos en dóciles miembros de la sociedad. A otros, la dura experiencia los destrozó. El caso del pequeño Michel fue muy distinto. La imposición religiosa, la filosofía ascética y la intransigencia autoritaria que debió soportar lo convirtieron en el más radical de los ateos contemporáneos. Se engañaban los curas salesianos si creían que su cruel austeridad no sería vengada. Aunque Onfray afirma haberse reconciliado con su pasado, incluso con su madre, sus actos filosóficos desmienten sus palabras. Desde finales de la década de 1980, el filósofo francés ha emprendido la mayor revancha imaginable en contra de la visión del mundo cristiano. Onfray se ha propuesto erigir un mundo paralelo, fundado en valores opuestos a los de la Iglesia, en los que prima el hedonismo, el cuerpo y la materia, y todas las nociones cristianas como el ascetismo, el alma o el más allá son arrojadas al basurero de la historia.

La lucha de Onfray ha sido encarnizada. En apenas dos décadas ha escrito más de cuarenta libros y fundado la Universidad Libre de Caen, un centro de estudios gratuito, sin requisitos ni diplomas, donde se enseñan las ideas de los filósofos que sustentan su proyecto existencial. Onfray ha puesto el mundo al revés para desterrar todo vestigio religioso. Desde el erotismo hasta la estética, desde la ética hasta la economía, todas las esferas de actividad humana han quedado trastocadas por su pluma. Si la moral

occidental dice ahorro, él celebra el gasto; si pide compasión, él promulga el vigor; si aclama la belleza, él aplaude la transgresión cínica; si enaltece la esperanza, él reivindica el realismo. Las ideas que han moldeado la sensibilidad occidental son su enemigo, y por eso rescata a todos los pensadores que, desde Diógenes el cínico —alegre masturbador que se aliviaba en el Ágora— hasta Michel Foucault —trasgresor de límites que buscaba consuelo en los bares sadomasoquistas de San Francisco—, se han levantado contra ella y cuestionado sus normas.

Varios son los flancos por donde Onfray moviliza su artillería filosófica. El principal es la tradición idealista que va de Platón a Hegel, pasando por el cristianismo y Kant. ¿Qué crítica Onfray de esta corriente de pensamiento? Su obsesión por los mundos ficticios, —el mundo de las Ideas, el más allá, la Idea Absoluta o los principios universales—, que impiden ver el aquí y ahora, la realidad de la materia y el cuerpo. El Nietzsche de *El Anticristo* es su principal guía en estos temas, aunque también toma prestadas varias ideas de los situacionistas franceses. Al igual que ellos, Onfray tiene fija su mirada en la tierra. El cerdo, cuyo cuello le impide mirar al cielo, es un ejemplo inmejorable. La atención del hombre debe estar volcada sobre la vida cotidiana; más aún: debe centrarse en revolucionar estéticamente la existencia diaria para vivir intensamente ya, aquí, no mañana ni en algún mundo soñado que aguarda a la vuelta de la esquina. Esta radical opción por la vida

cotidiana lo lleva a aborrecer toda forma de quijotismo o bovarismo. Atender al aquí y ahora demanda extirpar uno de los vicios inculcados por la tradición platónico-cristiana, la de fantasear con lo que no existe. Se empieza creyendo en Ulises y se termina venerando a Dios, pues ambos personajes son simples imágenes idealizadas de lo que el hombre querría y no puede ser. La búsqueda del ideal, la fuga de la realidad a través de la imaginación, son para Onfray –como para los situacionistas– una forma de frustrar al hombre, de negarle el verdadero placer al que puede aspirar y de convertirlo en un ser pasivo, inerte, que espera sumisamente mundos perfectos que nunca llegarán.

Toda la creatividad humana debe estar consagrada a la creación de sí. La obra de arte es la vida individual, la forja de un temperamento, de un estilo, de una manera vigorosa de ser y de vivir. Las mejores páginas de Onfray son las que dedica a este proyecto que funde la ética y la estética, aquellas en las que, retomando la tradición vanguardista y anarquista, celebra el libertinaje, la rebeldía, el erotismo, la posibilidad de hacer con la existencia lo que se desee. Onfray es un constructor de yoes libres, solares y vigorosos, que experimentan y desafían las convenciones –como los cínicos griegos y los artistas contemporáneos– sin temor al rechazo ni a la marginación. La pasión de Onfray por la individualidad no desentona con las ideas liberales. Excepto el rechazo implícito que hace de la literatura –una forma menor de religión–, la ética hedonista, lúdica y libérrima que defiende en *La escultura de sí* resulta estimulante. Nada que objetar a un proyecto existencial que pretende ampliar el terreno de las libertades personales para que cada cual viva como quiera vivir, goce como quiera gozar y cruce –bajo su propio riesgo– todos los límites que quiera cruzar. Lo que rechina al liberal es el paso que Onfray da después, cuando su esquema ético se convierte en un proyecto político, y de constructor de yoes pasa a ser constructor de sociedades... sociedades moldeadas a su imagen y semejanza.

Según Onfray, Occidente ha vivido engañado por veinticinco siglos de idealismo. Primero con Platón, luego con el cristianismo, siempre hemos estado deslumbrados por espejismos. Dios, el alma y el más allá, desde luego, pero también otras creencia perniciosas, como el libre albedrío, nos han impulsado a creer que somos algo más que materia. “Estamos tejidos de idéntica tela que los sueños”, dijo Shakespeare en *La tempestad*. Pues bien, Onfray va a argumentar todo lo contrario. Lo que anhelamos, soñamos o deseamos no nos constituye, sólo nos distrae y venda los ojos para impedirnos ver nuestra verdadera naturaleza. El ser humano no está constituido de ilusiones y sueños, sino de materia, y como tal está sujeto a las leyes de la naturaleza. La madre que pega a su hijo, el ladrón que roba, el salesiano que abusa de los huérfanos... ninguno tiene la culpa de lo que hace: “La fuerza ciega que mueve los planetas dirige con el mismo ímpetu inocente a los seres nutridos por sus oscuras energías”.*

Este paso del voluntarismo estético al cientificismo ilustrado resulta sorprendente. Aquel vigoroso constructor de yoes, que con cada frase insuflaba el ardor de la transformación personal, acaba convertido en el más vulgar determinista. El hedonismo de Onfray se reduce a la ley que Helvecio creyó descubrir en el siglo XVIII: el hombre siempre buscará el placer y evitará el dolor. Esta ley, a pesar de su aspecto positivo, tiene un trasfondo perverso que conduce al autoritarismo. La razón es simple: descarta la posibilidad de la diferencia. Quien vive bajo otros preceptos no es una persona distinta, que tiene necesidades ajenas a las mías –espirituales, por ejemplo–, sino una réplica de mí mismo que ha sido víctima, como un niño que cree en Papá Noel, de un terrible engaño. La misión del racionalista benévolo será reconducir a los crédulos para que reconozcan su naturaleza hedonista y sean, por fin, verdaderamente libres.

* *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista* (2006). Anagrama, Barcelona, 2008, p. 18.

Ahora bien, si el hombre por naturaleza busca el placer, ¿por qué Occidente sigue siendo ascético, idealista, universalista y creyente? Onfray no tiene pelos en la lengua para decirlo: vivimos en la sociedad del control. El capitalismo, con sus fábricas y empresas –“catedrales del dolor”, “lugares del Apocalipsis”–, reproduce la misma lógica totalitaria de los campos de concentración. Las democracias capitalistas no son espacios de libertad, sino feudos donde medra el poder. Antes, el Estado encarnaba la máxima potestad sobre el individuo; ahora, el poder se ha disuelto y está en todas partes. El amor, el odio, el placer, el deseo: todo está atravesado por el poder. Sutiles microfascismos transforman al individuo hedonista en un sujeto atado al trabajo, a las instituciones, a tediosas rutinas y a ficciones que condenan al hombre a buscar consuelo en el consumo compulsivo y en la industria cultural. Onfray, ateo furibundo, no cree en Dios ni en el Espíritu Santo, pero sí en el Poder de Foucault, esa esencia invisible, ubicua y omnipotente que aguarda en cada esquina para dominarnos.

¿Qué se puede hacer contra semejante fuerza? Los situacionistas, que también aborrecían el panorama laboral que ofre-



Michel Onfray, filósofo nietzscheano.

cía la próspera Europa de los años cincuenta, decidieron hacer una revolución de la vida cotidiana. La Angry Brigade y los Tupamaros de Berlín Occidental, influenciados por estas ideas, llegaron incluso a poner bombas en Londres y Berlín. Onfray no llega tan lejos. Actualizando la idea situacionista con el discurso de la izquierda anticapitalista contemporánea, propone una “táctica de guerrillas perpetua”, cuya función sea resistir en todo momento al poder. Donde haya autoridad, allí debe haber insumisión: ataque infalible, sin duda, pues al estar en todas partes, cualquier gesto trasgresor, cualquier acto en contra de la civilización occidental, hará blanco en el Poder. ¿Con que fin? Abrir pequeños intersticios por los cuales filtrar nuevas formas de ser, de vivir, de asociarse y de autogestionar la vida productiva.

Este programa hedonista y anarcosindicalista tiene, en mi opinión, cabida en la sociedad liberal siempre y cuando se limite a ser otra opción, no única moralmente legítima. ¿Por qué oponerse a que la gente se asocie y autogestione sus recursos? ¿Qué problema hay en que cada cual viva como quiera —en pareja, en tríos, en comunas— y descubra las formas eróticas que mejor se ajusten a sus caprichos? Si Onfray fuera realmente un libertario estaría de acuerdo. Pero no lo es. Como emancipador, le disgusta la pareja monogámica, el trabajo lucrativo o que la gente crea en Dios, Alá, los noúmenos kantianos o el poder simbólico de la literatura. No concibe que haya pluralidad de valores, necesidades, motivaciones y formas de pensar y vivir; sólo víctimas encadenadas por lazos invisibles que él debe cortar. El constructor de yoes solares tiene una visión tan clara y luminosa de lo que debe ser la vida, que todas las otras formas de existencia le parecen sombrías y pobres. De ahí su urgencia por hacer añicos la sociedad liberal —falsamente permisiva—, el capitalismo —falsamente liberador— y la tolerancia religiosa —falsamente benigna—, y crear una nueva sociedad hedonista donde se filosofará hasta alcanzar la ataraxia de la misma gozosa manera que en el Jardín de Epicuro.

Que Onfray quiera vivir según los principios ateos, materialistas, utilitaristas y hedonistas me parece fantástico, e incluso tentador. Sin embargo, dudo que haciéndolo vaya a crear una sociedad más racional y feliz, o que vaya a entrar en contacto con la verdadera naturaleza humana. Su propósito es tan ficticio como una vida consagrada a Dios. Afirmar que el hombre es sólo materia y cuerpo es inventarse una imagen de sí mismo a la luz de la cual vivir. Esa es la paradoja en la que se enreda Onfray: queriendo vivir sin falsas imágenes, inventa otra ficción humana, otra posibilidad existencial. ¿Mejor o peor que las demás? Para su fortuna, la sociedad liberal en la que vive —y que aún no ha destruido— no se pronuncia al respecto. Son las personas libres las que deciden si se afilian o no a este proyecto de vida, a esta ficción que les propone en sus libros y cátedras de la Universidad Libre de Caen. Por mi parte, le deseo buena suerte, pues así como los pasajes victimistas y apocalípticos de *Politique du rebelle* me exasperaron, aquellos en los que recoge el más libertario espíritu de la vanguardia artística del siglo XX me parecen saludables. Eso sí, sigo pensando que el fantasioso Shakespeare de *La tempestad* estaba más cerca de la verdad que el racionalista Onfray. La venganza imaginativa que ha fraguado a partir de sus dilemas personales parece suficiente evidencia. —

— CARLOS GRANÉS

VIDAS LITERARIAS

HIGHSMITH REVISITADA

En sus no muy memorables memorias sobre su romance con Patricia Highsmith, Marijane Meakern (*Highsmith, a Romance in the 1950's*) hace una descripción de su discóla admirada que es de una precisión conmovedora: “Era alta y delgada, con un pelo oscuro hasta el comienzo de los hombros y unos brillantes y oscuros ojos marrones que la hacían parecer una mezcla entre el príncipe valiente y Rudolf



Patricia Highsmith, trabajando.

Nureyev.” Tal vez no sea inapropiado mantener de Highsmith esa imagen de arrebatada violencia juvenil más, o mucho más, que esa otra —tan literaria— de la alcohólica misántropa y rodeada de fantasmas, acorralada en su jaula dorada de Suiza en la que murió a mediados de los años noventa. Al fin y al cabo se había cumplido, muy literariamente en este caso, y palabra por palabra el brindis profético que la propia Marijane recordaba haber escuchado a la autora en la noche de fin de año de 1947: “Brindo por todos los demonios, por todas las lujurias, pasiones, avaricias, envidias, amores, odios, extraños deseos, enemigos reales e irreales, por todos los ejércitos de recuerdos contra los que lucho, para que nunca me dejen descansar.”

Siempre que se habla de Highsmith se comienza por un alambicado —y tedioso cuando ya se han leído varios libros y artículos sobre el tema— ejercicio biográfico. Se comienza hablando de su insana relación de amor-odio por su madre; se pasa por una más que pantanosa descripción de cómo la autora despreciaba sus propias tendencias homosexuales y destruía a sus amantes; se describe con pelos y señales su obsesión por el dinero y el éxito, su exacerbada misantropía, su preferencia por los gatos antes que por las personas, su miedo a los negros y su antisemitismo confeso, su alcoholismo crónico y su endiablada afición por destruir a quienes amaba. Todo ese ejercicio —tanto más infructuoso cuanto que la propia Highsmith se encargó concienzua-

damente de llenar su vida de pistas falsas— termina por convertir a la autora (al igual que Scott Fitzgerald) en una especie de mal personaje de sus propias novelas. Uno especialmente chusco precisamente porque todo se intenta cuadrar y justificar en ella, y su vida se hace previsible, justo lo opuesto a la de su brillante alter ego y máxima creación: el siempre imprevisible Ripley. Otra tentación infructuosa a la que nadie parece resistirse (ni siquiera la propia Joan Schenkar, quien por otra parte ha sabido escribir el mejor estudio sobre la autora: *Talented Miss Highsmith*) es la de preguntarse si la propia Highsmith era o no una asesina en potencia que sublimó sus sádicos apetitos con la escritura compulsiva de, si no me fallan los cálculos, 22 novelas, siete libros de relatos y más de 8.000 páginas de diarios aún sin editar.

Mucho se ha discutido también y la pregunta comienza aquí a ser más pertinente, sobre si Patricia Highsmith era, o no, realmente una buena escritora. La disparidad y el entusiasmo con el que los críticos se despachan en opiniones radicalmente opuestas es signo, sin duda, de que el caso Highsmith está, en cierta medida, sin resolver. Tan pronto se la empareja con los mejores escritores del siglo como se la ningunea como una simple escritora de género superventas, y resulta no menos interesante —y hasta conmovedor— comprobar que tal vez el asunto no hubiese sido resuelto del todo por la misma autora, al menos por lo que se colige al leer sus textos sobre escritura (*Plotting and writing suspense fiction*, traducido en español como *Suspense**). Una cosa queda clara: el epicúreo carácter de la autora: no hay más vara de medir para Highsmith que el placer, tanto en la literatura como en la vida, (por eso Ripley prefiere el cuadro falso de Derwatt al verdadero Picasso, porque le produce *más placer*). Habría que añadir también que Highsmith es tanto menos *eficiente* —por utilizar sus propios términos— cuanto más literaria trata de ser y tanto más seductora y convincente cuando se desliza hacia

esa prosa rápida, no siempre cuidada, pero impresionantemente lúcida desde el punto de vista psicológico, hacia esas frases secas y aparentemente neutras en las que de pronto nos vemos descritos con una especie de alucinada sorpresa. Highsmith era sin duda, cito a Graham Greene, “una poeta de la aprehensión, alguien que fue capaz de crear un mundo totalmente propio, claustrofóbico e irracional, en el que uno siempre entraba con una especie de temor a ser herido en lo más íntimo”.

Queda fuera de toda discusión, eso sí, que Highsmith es una de las grandes damas del género aunque a veces se arguyan, para corroborarlo, argumentos esencialmente falsos. La propia autora llegó a decir en una ocasión que cualquiera de nosotros “si nos viésemos acuciados por unos motivos lo suficientemente poderosos nos convertiríamos en Ripley”, cosa que me parece estar muy lejos de ser cierta. Lo más probable es que nos convirtiéramos en Trevanny (el hacedor de marcos que se ve obligado a asesinar para la mafia para costear su cara enfermedad) o en Frank Pearson (el parricida constantemente asediado por los remordimientos al que Ripley trata de “reeducar”). Lo que convierte a Ripley en un personaje verdaderamente prodigioso y fascinante es más su imprevisibilidad que su amoralidad, más su capacidad para la brillante improvisación que su condición de asesino (siempre accidental en realidad, porque sólo asesina cuando se ve obligado a ello), más sus máscaras que su rostro, por eso cuanto más se define el personaje en la saga de las cinco novelas en las que se desarrolla, menos interesante resulta, y las últimas entregas de la serie terminan por ser, con mucho, las peores.

Pero uno sólo combate los prejuicios que comparte y, en ese sentido, el caso Highsmith no parece una excepción. La autora llegó a decir —para defender a Ripley de sus moralistas detractores— que estaba más que aburrida de escuchar que su personaje debería ser castigado. “El arte no tiene nada que ver ni con la moral, ni con lo que el público se empeña en llamar justicia.” Y sin embargo

son precisamente la moral y la justicia los pilares basales de la narrativa de Highsmith. En un emocionante episodio de *El talento de Mr. Ripley*, durante una conversación con Dickie Greenleaf, nuestro héroe se despacha con una declaración sorprendente y misteriosa: “lo que da miedo pensar no es que la vida sea injusta, sino que lo sea, lo que de verdad es aterrador es pensar que todos los hombres tienen exactamente la vida que merecen” y en cuanto a lo moral la autora sólo parece conocer una conciencia: la del vampirismo de los afectos. Desde su primera novela *Extraños en un tren* en 1950 (edulcoradamente llevada a la gran pantalla por Hitchcock) hasta su amable versión lesbica de *Small: un idilio de verano* de 1995 (que retoma el tema de la homosexualidad entre mujeres de *The price of salt* que en 1952 no se atrevió a firmar con su nombre) toda la conciencia afectiva de Highsmith parece girar maniáticamente alrededor del hecho irresoluble de que dos personas, en determinado momento, se encuentran y hacen del otro el objeto obsesivo de su existencia. Y no sólo eso: hacen de *él su espejo*, generando así un constante intercambio de voces, máscaras, vestidos más parecido a las constantes entradas y salidas de la *Comedia dell'arte* que a una novela de suspense propiamente dicha. El amor se convierte en un selvático ejercicio de *ingestión* de la persona amada, una destrucción inevitable y carnívora en la que el éxito sólo queda culminado en la asunción del carácter ajeno, aunque no sea posible saber si como máscara o como una naturaleza más de las múltiples que nos componen.

No es extraño que una vida aguijoneada por decenas de apariciones casuales y devastadores acabara generando una fijación maniática con el tema del encuentro ni que Highsmith asesinara en sus novelas (como comenta Meakern) “a la gente a la que amaba en la vida real”, pero basta una sola mirada a cualquiera de sus retratos de juventud para darse cuenta de inmediato de que tras esa sonrisa encantadora había una bomba de relojería. —

— ANDRÉS BARBA

* En el sello Mosaico ha emprendido la reedición de la obra completa de Highsmith en bolsillo. *Suspense* es uno de los seis títulos ya publicados.

CIENCIA RECETAS MÁGICAS

No hay fin para la credulidad. Necesitamos confiar en que existen atajos o recetas mágicas para conseguir el dinero, el amor o la salud. Los dos primeros son más concretos y comprometedores: o tienes pasta o no la tienes. Te quiere o no te quiere. Pero sentirte un poquito mejor... Eso de “mejorar”, por ejemplo, ¿cómo se mide? En una época piqué con los tratamientos anticelulíticos, reafirmantes, reestructurantes o mejorantes en general. Hasta que me di cuenta de que el único que veía claramente mis progresos era justamente quien me los cobraba. Y aplicando el tema a los atajos en general he de decir que soy malísima cliente tanto de tratamientos cosméticos y brujo farmacias como de loterías. Por eso me quedo boquiabierta cuando veo la enésima edición de la pulsera mejorante llegada esta vez directamente del sol *new age* de California. Los hermanos Troy y Josh Rodarmel del condado de Orange, hijos treintañeros de una madre “holística”, lanzaron al mercado en el 2007 la pulsera Power Balance. Esta vez no se trata de algo como las Rayma que inventó Manolo Polo, un masajista de Baleares y que, con ayuda de la fallecida periodista radiofónica Encarna Sánchez, triunfaron en los ochenta. Ahora son de silicona y su especialidad no es el reuma sino una nebulosa de mejorías donde destaca “el equilibrio”. La asociación de consumidores Facua las ha denunciado ante las autoridades sanitarias, y el Instituto Nacional de Consumo ha alertado a las comunidades autónomas de su posible publicidad engañosa. Parece que en su interior llevan un trozo de plástico plateado en el que han logrado insertar “una frecuencia”. ¿Cómo se inserta “una frecuencia”, que es simplemente una unidad de medida? Pues de la misma manera que antes se insertaba “una energía”. No vale la pena hacer preguntas. Ni sus creadores ni empleados quieren meterse en berenje-

nales: “No estamos diciendo que exista un beneficio (para el cliente), sino que si ayuda un poquito ya es estupendo”, dice un directivo. Es a causa de esta supuesta ayudita que la luce todo el mundo. No sólo la Infanta Elena, Cristiano Ronaldo, Raúl o Belén Esteban, que ya iría un poco de *soi*. También la llevan Patxi López e Ignacio González, con cargos políticos ambos, uno del PSE y del PP el otro. Y es que en el fondo son cada vez más lo mismo, con tirón por las recetas mágicas, comprensivos con la política “alternativa” y sin verdadero criterio ni anclaje en la realidad. Existe en Facebook un grupo que tiene este nombre y estas intenciones: “Power balance: cómodo sistema de detección de retrasados”. Van por los 3.000 seguidores.

Por algún motivo no ha habido éxito en explicar al público, ni por desgracia a los jóvenes en escuelas y universidades, que para decir que una cosa está realmente funcionando debe haber estudios y experimentos que la respalden. Y esto vale tanto para las pulseras magnéticas o “equilibrantes” como para cuestiones más abstractas como las teorías psicopedagógicas que siguen imperando en el campo educativo con los resultados que todos conocemos. No lo podría haber dicho más claro el profesor Adolf Tobeña en una conferencia que impartió en Cádiz, en el marco de las jornadas “Las dos culturas 2010: Educación, el cambio necesario”, y que está colgada en www.terceracultura.net. Por eso el pensamiento flácido, que decía un amigo mío, campa por sus respetos. Así seguimos viendo como personas perfectamente razonables en su vida diaria siguen empeñadas en dejarse el dinero en terapias de acupuntura que no han demostrado más que vagos efectos analgésicos que se derivan de un pinchazo que puede ser practicado en cualquier punto del cuerpo sin relación con los famosos “canales” o “meridianos” energéticos de esta fantasía milenaria. Muy recientemente, el Center for Inquiry ha publicado un *paper* escrito por Robert Slack, Jr. que afirma que la adopción

acrítica de la acupuntura (y de las demás terapias no contrastadas) no sólo añade costes significativos al ya sobrecargado sistema sanitario americano, sino que rebaja los estándares de la formación de los médicos y sus tratamientos y otorga una indebida y peligrosa autoridad a la pseudociencia. Esto tiene como consecuencia una degradación del respeto por la ciencia entre el público en general. Abundando en esta cuestión, en el suplemento “La otra crónica” de *El Mundo* del sábado 12 de junio, se publica un artículo donde se informa de que la Reina Doña Sofía recurre a sesiones de acupuntura para combatir el estrés. Y no sólo eso, la Reina “se preocupa porque las energías positivas fluyan por su cuerpo” y “controla el Chi” —sorprendente noticia con la que más de uno haría un chiste malo. Y como broche a tamaño relato, finaliza su autor diciendo que la soberana acude a uno “de los más prestigiosos acupuntores chinos *erradicados* en España”, y así vemos conjugarse en un mismo artículo la más sublime sabiduría con la más sublime ignorancia, y preguntamos a la Yoda, si no podrían ser lo mismo tanto una cosa como la otra.

Estas prácticas contienen supuestos que contradicen leyes, principios o conocimientos empíricos bien establecidos tanto en campos de la física, la química o la biología. Leyes que nos permiten vivir en este planeta sin desintegrarnos al instante. Este fracaso educativo se da, como nos recuerda Tobeña, en multitud de campos que van más allá de los tradicionales en la charlatanería. No me extraña que en este clima puedan prosperar personajes como Juan Felipe Carrasco, responsable de Transgénicos de Greenpeace. Lo vi el martes 8 de junio en La 2. A sus aseveraciones sobre la maldad y los demostrados perjuicios que ocasionan los transgénicos, un par de profesores de biología y expertos en estos temas le oponían el hecho de que en 14 años, desde que empezó este cultivo en España y con más de 10.000 estudios realizados, no haya habido ni uno que respaldase con rigor los supuestos peligros de esta tecnología. A esto respondía el responsable de Greenpeace

con un argumento sorprendente: con que hubiera un sólo estudio (él conocía uno, dudoso para sus contertulios) sería suficiente para establecer una moratoria indefinida. Vamos, que se agarraba a un clavo ardiendo antes que renegar de la petición de principio a la que debía su cargo. Por eso y tantos otros ejemplos la pseudociencia tiene cuerda para rato. —

— M^A TERESA GIMÉNEZ BARBAT

MELANCOLÍA UN ALMA ROBUSTA



Melencolia I, A. Dürer

I. El ángel caído

Este hombre quería ser un ángel. Y sólo ha logrado ser un ángel caído.

Hemos visto muchas veces esta imagen: el espíritu melancólico, sentado entre los instrumentos de su sabiduría. Ya no confía en ellos. Ya no espera que esas herramientas, al descifrarle el mundo, le den un sentido a su vida. La razón, filosófica y práctica, le ha permitido comprender el cosmos, al mismo ritmo con que dejaba de sentirlo. A quienes dejaron de “sentir” el mundo ¿de qué podría servirles comprenderlo? El ángel caído ha sufrido la mayor pérdida posible: sabe pero no siente.

Sólo perdemos lo que hemos olvidado. Lo que el ángel ha extraviado sigue estando allí. Podría verlo desde esa ventana, o atalaya, que tiene a su lado. Pero es incapaz de mirarlo. Los detalles de sus ciencias ocultan el panorama que podría restituirle una esperanza. Es incapaz de girar la cabeza hacia su derecha y mirar con los ojos desnudos, sin instrumentos ni cálculos, el extraordinario paisaje del universo...

Un arco iris nocturno, un cometa de los que se acercan al mundo cada cien años, el mar y sus islas, el puerto desde donde podría iniciar un viaje. Las montañas, al fondo, a las que podría llegar y subir algún día.

Nada de eso alienta al hombre que quiso ser ángel (y que sólo logró ser un ángel caído). Permanece abstraído en el fiasco de sus ciencias y sus técnicas. Estafado por el poder de su razón que le robó la delicadeza de sus sentimientos. Fracasado.

Sentimos nuestra impotencia de espectadores. ¿Cómo podríamos llamar la atención de ese espíritu melancólico? Haría falta, de algún modo, entrar al grabado de Dürer, poner una mano en el hombro del ángel y remecerlo. Indicarle el glorioso panorama en el fondo de la escena. Y decirle: mira hacia fuera y confía. Puedes volver a “sentir” el olor del viento, el color del cielo, el silencio de la noche. Puedes volver a experimentar la belleza y el terror del universo. La experiencia y el conocimiento pueden parecete ahora seudónimos de la desilusión, le diríamos. Pero mientras seas capaz de oír siempre te quedará la poesía.

Levántate, sal y escucha el poema que te susurra el viento de la noche; te señala la dirección de tu esperanza.

II. El ángel deja sus alas y sube

Es tiempo de explicarme —pongámonos de pie.

Me desprendo de lo sabido, Empujo conmigo a hombres y mujeres, más allá, en lo Desconocido.

El reloj señala el momento —¿qué señala la eternidad?

Hasta acá hemos agotado trillones de inviernos y veranos,
Hay trillones por delante y trillones más adelante de ellos.

Tantos nacimientos nos dieron riqueza y variedad,
Y nuevos nacimientos nos traerán riqueza y variedad.

No llamo a uno mayor o al otro más pequeño,
Aquel que colma su tiempo y su sitio es igual a cualquiera.

[...]

Soy la cima de lo logrado, y abarco las cosas que serán.
Mis pies tocan lo alto de los altos de las escalas
En cada peldaño incontables edades, mayores con cada peldaño,
Quedan abajo, todas bien recorridas —y todavía subo y subo.

Atrás me reverencian los fantasmas, altura tras altura,
Allá muy abajo veo la primera gran Nada, sé que incluso estuve allí,
Esperé, siempre inadvertido, dormido atravesé la niebla letárgica,
Me tomó mi tiempo, pero no me dañó el fétido carbón.

Mucho tiempo me abrazaron, apretado —mucho, mucho.

Inmensos han sido los preparativos para mí,
Fieles y amistosos los brazos que me auxiliaron.

Los ciclos transbordaron mi cuna, remando, remando, cual alegres boteros,
Para hacerme lugar las estrellas se mantuvieron aparte, en sus órbitas,
Enviando influjos para cuidar al que me aguardaba.

Antes de parirme mi madre, generaciones me guiaron,
Mi embrión nunca fue apático, nada pudo aplastarlo.

Para él la nebulosa amalgamó en orbe,
Para sostenerlo se apilaron los lentos
estratos,
Masas vegetales lo alimentaron,
Saurios monstruosos lo llevaron en sus
bocas y lo depositaron, con cuidado.

Tantos poderes se emplearon, incesan-
tes, sólo para completarme y deleitar-
me.

Ahora, en esta cúspide me yergo con mi
alma robusta.

(*Song of myself*, 44, Walt Whitman, tra-
ducción de C. Franz)



Der Wanderer über dem Nebelmeer, C.D. Friedrich

III. El viajero en la cumbre

Desde esta cúspide, con mi “alma robusta”, fortalecida por el viaje, vuelvo a sentir el mundo maravilloso, y terrible, que me creó y me trajo hasta aquí.

El ángel melancólico se puso de pie. Salió de su gabinete. Guiado por la voz del poema se internó en el panorama del fondo. Tuvo que andar, remar, escalar. Para este viaje las alas—del ingenio, del saber—, sus alas de ángel, no le servían. Fue necesario volver a ser un hombre de a pie, un simple caminante. Así cruzó el mar, trepó a las montañas. Dejó abajo las “letárgicas nieblas” de la confusión. Subió y subió, sintiendo todo el esfuerzo que las edades del

tiempo habían hecho para traerlo a esta época, transitoria. Llegado a las alturas, el hombre que no pudo ser ángel volvió a sentir el mundo...

Alzando la vista hacia un horizonte despejado sentimos cómo nuestra mirada se dilata, tal como se dilata el pecho con el aire puro y fresco. Abrazamos el paisaje con la vista y sentimos cómo el cosmos nos devuelve el abrazo. Experimentamos una nueva esperanza.

El viajero sabe que este es un triunfo momentáneo. Nadie más expuesto, más a la intemperie, que un hombre en la cumbre. Por eso mismo, nadie más sensible y vulnerable también. Los montañistas expertos, tras semanas para conquistar una cúspide, permanecen sólo unos minutos en ella. Han llegado, también, al extremo de sus fuerzas. No podrían ir más allá. Necesitarían alas. Y las alas no son humanas. Tampoco es factible quedarse arriba. El clima puede cambiar enseguida y congelarnos. No hay refugio. Las verdaderas cimas son estrechas: no es posible morar en las alturas. Allí encima sólo cabe nuestra soledad.

El clímax no admite habitantes. Lo excelso no puede durar más que un momento. Enseguida hay que bajar, antes de que el frío, la falta de oxígeno—la atroz belleza—, nos aniquilen.

La paradoja permanece: la eternidad ha trabajado para traernos a un sitio donde no podemos quedarnos. Abajo, donde transcurre nuestra vida, somos ángeles caídos; allá arriba, donde no podemos vivir, es donde podríamos ser plenamente humanos. El misterio del universo perdura. Pero ahora no sólo lo sabemos, también lo hemos sentido.

Es triste bajar, pero más doloroso es no haber subido nunca. La esperanza trajo al viajero a la cima estrecha y efímera. Su consuelo, mientras baja, será haber subido.

Ángeles caídos, ojalá a todos nos fuera dado, una vez en nuestras vidas, alcanzar esa cumbre donde seremos, brevemente, humanos. —

— CARLOS FRANZ

GASTRONOMÍA CÓMO COMEN LOS ITALIANOS

Cuando uno habla de cocina, no habla únicamente de ingredientes y preparaciones, todo lo contrario, habla uno de historia, antropología, política, biología, química, sociología y un larguísimo etcétera de disciplinas que se sientan juntas a la mesa para hacer disfrutar al comensal y tertuliano. Y esto, que es especialmente cierto en España y en otros países con una acendrada tradición gastronómica, es aún más cierto en Italia, país donde la comida y todo lo que alrededor de ella existe es a la vez un asunto familiar, religioso y estatal.

Pocas personas han entendido tan bien esto como la historiadora rusa Elena Kostioukovitch, que lleva veinticinco años viviendo en Italia y traduciendo al ruso al celeberrimo Umberto Eco. Kostioukovitch ha escrito un libro magnífico, con el muy expresivo título de Por qué a los italianos les gusta hablar de comida, donde realiza un inteligente y ambicioso viaje al tuétano de la gastronomía y la historia gastronómica del país de la bota. Decir de un libro que es “un placer” o “una delicia” se ha convertido casi en un lugar común, pero esta vez es rigurosamente cierto. Y ha sido también un placer y una delicia conversar con su autora.

Así que, por favor, disfrutad.

¿Le importaría explicarnos el proceso de confección del libro? ¿Cómo fue la investigación que llevó a cabo?

Trabajé en el libro durante cuatro o cinco años, tiempo durante el cual estuve viajando por las distintas regiones italianas, leyendo numerosos libros de investigación y también recetas maravillosos, y hablando con amas de casa y con chefs de gran prestigio. Es durante este periodo que he podido conocer realmente Italia en profundidad. Tengo la certeza de que la riqueza obtenida durante esta investigación me servirá para mi trabajo como historiadora y también, sencillamente, para la vida diaria, para conectar con la gente, para entender mejor este país y su gente.

En el libro explica estas fiestas gastronómicas que existen por toda Italia, las Sagras, que celebran un ingrediente o un producto, y tienen un curioso carácter dual: sagrado y pagano. ¿Piensa que esa dualidad se ve reflejada en la manera en que los italianos se acercan a la comida? ¿Un pueblo tan católico como el italiano, pero a la vez tan enamorado de su cocina, puede ver todavía algún pecado en el placer gastronómico, en la gula y el disfrute? Esta es una pregunta interesantísima. Creo que realmente la manera en que los italianos se acercan a la comida tiene algún componente augusto y curial, que se basa en los siguientes dictados: se debe seguir unas reglas, se debe venerar la materia prima, y los horarios de las comidas se respetan como las horas de la santa misa. Al mismo tiempo los italianos creen que la comida en sí, lo que se come, es la cosa más importante de todo el complejo ritual que supone la alimentación. Frente a un buen plato de *spaghetti* un italiano deja de lado toda la simbología, mitología, todo el significado que puede tener ese plato, todas las acepciones culturales y semióticas que yo examino en mi libro. La religión aporta la reflexión y el sentido del deber; la visión pagana aporta el arrebató pasional y el sentido del placer. Creo que, formalmente, los italianos continúan asociando la glotonería con el pecado. Un vestigio del dominio católico, imagino que en España ocurre lo mismo. Sin embargo, los italianos hoy en día disfrazan esta aversión bajo formas laicas como dietas diversas, preocupación por la salud y la obsesión por la delgadez.

¿Siendo usted rusa, cómo se tomaron los italianos su interés y acercamiento académico a su cultura gastronómica? ¿Se topó en algún momento con alguna manifestación de chovinismo, con alguien que le decía que siendo extranjera no era capaz de entender lo que preguntaba?

No. Los italianos llevan siglos acostumbrados al hecho de que los extranjeros se interesen por su cultura y la entiendan a unos niveles que ni siquiera ellos mismos conocían. Gregorovius, un historiador alemán, fue, por ejemplo, el mayor estudioso del medioevo romano. A mi nadie me ha reprochado mi no italianidad. Al contrario, al estar hablando con una escritora venida del frío, los italianos se concentraban, hacían esfuerzos por ver las cosas “desde fuera” y me explicaban a mí y se explicaban a ellos mismos algunas cosas que quizás antes daban por descontado.

¿Piensa que, como dice Umberto Eco en el prólogo al libro, es imposible comer buena comida italiana fuera de Italia, que la que se sirve en el extranjero por fuerza no es sino “una especie coiné, de cocina genérica inspirada en varias regiones que no puede menos de conceder algo al gusto local y a las expectativas del cliente ‘típico’ que busca una imagen ‘típica’ de Italia”?

Umberto Eco tiene razón, porque él siempre tiene razón. Yo soy su traductora al ruso y tras veinticinco años dedicados a decir en ruso las mismas cosas que Eco ha dicho en italiano, no puedo sino estar de acuerdo con él hasta la última coma. Pero a veces, no voy a decir que se equivoca sino que, sencillamente, se olvida de algún detalle. Así que me atrevo a corregir las palabras del profesor. Y lo diré así: es imposible comer buen italiano fuera de Italia, con la excepción de los excelentes restaurantes italianos que hay en Cataluña y en España entera. España es un país único, que no sólo goza de una cocina propia excelente sino que además da cobijo a un oasis donde florece la cultura culinaria de sus vecinos mediterráneos. La gastronomía italiana se encuentra en una posición privilegiada en los restaurantes españoles, lo puedo confirmar personalmente, ya que hablo desde mi propia experiencia. Mi libro ha sido traducido



Sofía Loren: embajadora de la pasta.

ya a quince idiomas, pero creo que la edición española es la que puede ser leída con una mejor comprensión y un juicio más competente.

¿Si tuviera que elegir la cocina de alguna región italiana, con cuál se quedaría?

Elegiría la de Puglia. En Puglia se come crudo, con lo cual no tendría que cocinar nada y podría estar trabajando en el ordenador sin ninguna interrupción.

¿No le gusta cocinar?

No cocino mal. Tengo dos hijos que vuelven a casa a la hora de la comida y normalmente debo preparar también la cena. Se entiende que a fuerza de cocinar dos veces al día, siete veces a la semana, me defiendo bastante bien en la cocina, pero no puedo mentir y decir que me gusta hacerlo. Si debo ser sincera, debo decir que me encantaría que cocinara cualquier otro.

Para terminar, me gustaría hablar un poco de Slow Food, la asociación italiana con ramificaciones por todo el mundo que aboga por la defensa de la biodiversidad y la preservación de productos y técnicas tradicionales. ¿Piensa usted que esos objetivos están reñidos con la vanguardia y la aplicación de la ciencia en la cocina propugnada por chefs como Ferran Adrià y Heston Blumenthal?

Slow Food no propone una visión retrógrada de la cocina y no es temerosa de la novedad. Es un movimiento humanitario, casi inmaterial. Para Slow Food, las palabras claves son “limpieza”, “justicia”, “bondad”. Hay algo neoplatónico en su idealismo. Slow Food traduce esta energía humanitaria en una lucha constante por la conservación del patrimonio culinario preexistente, pero también en la invención de instrumentos comerciales y económicos modernos con el objetivo de garantizar el trato justo para los productores pobres y de evitar cualquier tipo de explotación del trabajo de los campesinos. Slow Food es una asociación digna de su tiempo, y yo creo que la ciencia es uno de los mejores compañeros de viaje en ese camino innovador. —

— DIEGO SALAZAR

LITERATURA

DANILO KIŠ: EL ARPA EÓLICA

A solas en un camino que data de la época romana y se sitúa a las afueras de su ciudad natal —el nombre no se menciona pero sabemos que es Subotica, la segunda urbe más importante de la provincia serbia de Vojvodina—, un niño de nueve años apoya el oído en el poste eléctrico de madera que junto con seis pares de cables constituye una improvisada arpa eólica; en lugar del zumbido de costumbre, sin embargo, el niño empieza a captar acordes de su futuro: su padre —deportado a Auschwitz al lado de otros familiares— nunca regresará y quedará reducido a una maleta con fotografías y documentos y *La guía yugoslava nacional e internacional de autobuses, barcos, trenes y aviones* redactada en 1938; el niño crecerá y se convertirá en escritor para rescatar “su turbio origen [...] penetrando en la remota historia y en los tiempos bíblicos”. Por espacio de veinticuatro horas, un cerebro humano yace en la nieve derretida que cubre la intersección de dos calles en Novi Sad, la actual capital de Vojvodina; el cerebro, suerte de macabro cenotafio a la memoria histórica, pertenece al doctor Maxim Freud, un cirujano fusilado justo un día después de concluida la “razzia de Novi Sad”: la masacre presenciada por el niño del arpa eólica entre el 21 y el 23 de enero de 1942, es decir dos años antes de oír su futuro, y perpetrada a orillas de un Danubio que recibió los cadáveres de más de mil judíos y serbios de ambos sexos y distintas edades. En el verano de 1921, un hombre que surcará la primera mitad del siglo XX como un relámpago revolucionario con varias máscaras nominales se suma a la tarea de liquidar a los bandidos de la región rusa de Tambov; mientras cumple su misión es herido en el rostro con una navaja o un sable, lo que le confiere “el cruel sello del heroísmo” que lo emparenta con los otros héroes secretos recuperados no sólo por el niño del



Danilo Kiš, entre Occidente y Oriente.

arpa eólica sino por Jorge Luis Borges, cuya influencia deviene una benéfica marca de agua. Una noche de 1919, un marinero pasea por la llamada Calle de las Muñecas en el puerto de Hamburgo y se topa con una prostituta que, encerrada en su vitrina con la luz roja reflejada en sus gafas, lee con atención *El conde de Montecristo*: una estampa que constata que la literatura puede fungir como escape espiritual de un destino trágico vuelto castillo de If. En 1982, luego de consultar varios métodos, un exiliado ruso en París se suicida para constatar que el destierro es un yugo metafísico que únicamente logra romper la muerte. Un par de años atrás, en 1980, otro exiliado ruso pero en Nueva York había entregado un prólogo que acompañaría la edición estadounidense del octavo libro del niño del arpa eólica y que incluía uno de los elogios más fulgurantes de las letras contemporáneas: “En Danilo Kiš tenemos a un escritor cuyo talento es comparable al del mismo tiempo.” (El nombre del prologuista, cabe decirlo, era Joseph Brodsky. El libro prologado: *Una tumba para Boris Davidovich*.)

A caballo entre la realidad histórica y la historia ficticia, un caballo que se mueve con igual soltura por la tradición literaria tanto de Occidente como de Oriente, Kiš (1935-1989) edificó una obra que representa una de las más valiosas búsquedas del tiempo mítico en el tiempo humano. Autor político preocupado siempre por explorar y nutrir una honda veta metafísica, llevó la fusión y confusión de géneros y esferas a nuevas alturas tal como se deja entrever en esta declaración de principios adjudicada a Ivo Andrić —el Nobel yugoslavo, otra de las figuras tutelares de Kiš— en “La deuda”, uno de los siete relatos de *Laúd y cicatrices* (1994): “Escribir e investigar la historia: cosas estas que se mezclan y entrecruzan en mi obra de tal modo que no se sabe dónde empieza una y dónde termina la otra”. Investigar la historia: nacido en una Serbia cuya restauración como república soberana ya no atestiguaría debido al cáncer pulmonar que lo consumió a los cincuenta y cuatro años en París, Kiš tuvo una infancia marcada a fuego por la matanza de Novi Sad, la muerte de su padre y otros parientes a manos de los nazis

y el exilio con su madre y su hermana mayor en Hungría, donde vivió hasta ser repatriado a Montenegro. Escribir la historia: a través de seis colecciones de ensayos y entrevistas, cinco novelas, cuatro libros de cuentos, dos volúmenes de poesía y una obra de teatro, la tercera parte de lo cual se publicó en forma póstuma, el autor emprendió la reconstrucción —nunca mejor empleada esta palabra— de un pasado individual y colectivo hecho ruinas. Dos *nouvelles* editadas en 1962, *Ático* y *Salmo 44*, fueron seguidas por una empresa narrativa de gran alcance: el tríptico conocido como *Circo familiar* e integrado por *Jardín, ceniza* (1965), *Penas precoces* (1970) y *El reloj de arena* (1972). Mientras que los dos primeros libros trazan el retrato fiel de una niñez cimbrada por los sismos bélicos, haciendo gala de la habilidad estilística y la sutileza emotiva que se volverían la firma de Kiš, el tercero arma el rompecabezas del padre ausente acudiendo a un arsenal de téc-

nicas —cartas y diarios, interrogatorios y relatos a la *nouveau roman*— que diseñan un *tour de force* cercano en varios brillantes momentos al discurso filosófico. (“¿Qué es lo que le permite al hombre obrar y vivir a pesar de la conciencia de la muerte, como si ésta no le concerniera, como si la muerte fuera un fenómeno natural?”, leemos en alguno de esos momentos.)

En la década de los setenta, la sensibilidad del autor —una sensibilidad que parece grabada con un buril finísimo en las cordilleras que recorren, como enormes cicatrices, la convulsa faz balcánica— se agudiza aún más para engendrar otros dos títulos clave: *Una tumba para Boris Davidovich* (1976), la fabulosa reunión de cuentos que desató una polémica trocada en cacería de brujas por los *literati* yugoslavos, y *Lección de anatomía* (1978), la quinta y por desgracia última novela con la que Kiš responde lúcidamente los ataques de sus colegas. Trenzados con destreza

de orfebre mediante personajes que encarnan el sino aciago del hombre frente a los juegos del poder, los textos de *Boris Davidovich* son la cara política de una moneda en cuyo reverso brilla *La enciclopedia de los muertos* (1983): colección de nueve relatos rematados por un *post scriptum* que con maestría borgiana idean un auténtico *melting pot* de tradiciones literarias, filosóficas y religiosas; un *melting pot* en el que también hay un elemento biográfico que *Laúd y cicatrices*, uno de los libros póstumos, refrenda al plantear las vidas no tan imaginarias de Ivo Andrić y Ödön von Horváth. Consciente de su responsabilidad como intérprete de la historia y los mitos profundos, Danilo Kiš supo escuchar desde niño el sonido de un arpa eólica que le permitió entrar en contacto con “la satisfacción de narrar, que concede al escritor la engañosa impresión de estar creando el mundo y de, como suele decirse, estar cambiándolo”. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS



TLATELOLCO centro cultural universitario

www.tlatelolco.unam.mx

Ricardo Flores Magón 1, Col. Nonoalco-Tlatelolco, Ciudad de México, T. 52 (55) 5583 0961 y 83

100 UNAM

GRUPO CULTURAL UNAM

Memorial del 68

Colección Blaisten

Unidad de Seminarios

Servicios Educativos